

# EL GOTHA DORADO

**H**AY personajes —imágenes que se llevan, como se llevan encima los prejuicios, las creencias, las visceras y las dos o tres personalidades que nos ayudan a ir tirando—. Rainiero de Mónaco, Grace Kelly, Townsend, Von Karajan, Chaplin, Brigitte Bardot, Onassis, son algo más que lo que son. Son lo que significan y llegan a simbolizar. Criaturas de revistas especializadas en vender tabletas de felicidad semanal, rara vez serán para nosotros, peatones de la Historia, algo más que esas imágenes bidimensionales de las portadas. El éxito de este tipo de revistas se basa precisamente en la constancia de sus mitos, en la fijación de sus imágenes y en la servidumbre de un lenguaje plácido, aplicado a contar todo lo que en la vida de estos personajes contribuye a robustecer su mitología e imaginaria. Se sabe que alguno de ellos se hace pagar por acudir a fiestas, celebraciones, actos sociales, porque son conscientes de la rentabilidad publicitaria de su presencia. Unos se quedan el dinero para sus cuantiosos gastos y otros lo dedican a obras benéficas.

rioso español de origen, hijo de un ayudante de campo de Alfonso XIII, sobre cuyo talante el hijo nos ofrece la siguiente anécdota:

«Alfonso XIII, que siempre estaba soberbio de uniforme, pero cuyo aspecto dejaba que desear cuando se vestía de civil, le preguntó un día:

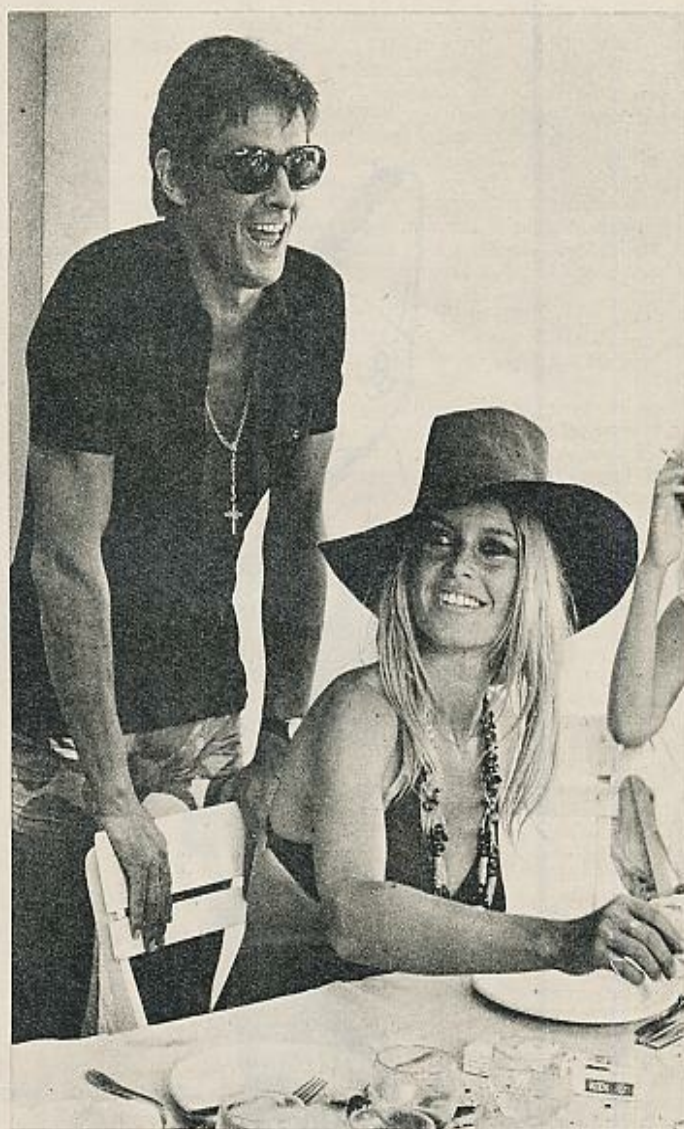
—Salvador: ¿Cuánto tiempo tardas cada mañana en vestirme?

—Tres horas, señor.

—Se nota. Yo me visto en diez minutos.

—Eso también se nota, Majestad —respondió mi padre haciendo una profunda reverencia».

Vilallonga forma parte, de alguna manera, de ese Gotha dorado que ha retratado en un libro magistral de idéntico título («Gold Gotha»), editado por Barral Editores. Nacido en Madrid de una familia aristocrática, Vilallonga se instaló en Argentina después de la guerra civil y se dedicó a la cría de caballos. La elegancia siempre ha sido una de las determinantes de este hombre, de más de metro noventa de estatura, que ha escandalizado varias veces a Europa por distintos motivos. El primero fue su novela *Les ram-*



## M. VAZQUEZ MONTALBAN

Al viejo Gotha nobiliario le ha sucedido el Gotha internacional de personajes con éxito a cualquier nivel, cuyas presencias se desean y aportan un valor añadido a una boda, un baile, un guateque sobre la cubierta de un yate anclado en Portofino o en singladura por las islas del Egeo propiciando contactos furtivos entre príncipes no necesariamente católicos, feos ni sentimentales. En ese Gotha dorado se integran los figurones de la historia menor, como los príncipes de Mónaco y los profesionales más «exitosos» del mundo del espectáculo o del mundo de los negocios, como la Bardot o el mismísimo Onassis.

José Luis Vilallonga es un cu-

blas *finissent à la mer*, sobre la Barcelona de posguerra, que todavía hoy es impubliable en la España del Tercer Plan de Desarrollo. El segundo fue su participación como actor en algunas películas de la «nouvelle vague», sobre todo en *Les amants*, de Louis Malle, donde aparecían evidencias filmicas de que los protagonistas practicaban el tan debatido e injustamente perseguido «baiser florentin». El tercer escándalo lo puede constituir el libro «Gold Gotha», en el que Vilallonga nos ofrece en muchos casos la retaguardia psicológica de esos personajes habituales de las revistas especializadas en vender tabletas de felicidad semanal.

## GILIPOLLEZ, INTUICION, INTELIGENCIA

Entre la simplicidad tenderil de Rainiero de Mónaco y la espléndida, inteligente, falsificada vitalidad de Fellini, Vilallonga recorre un largo camino por los «living rooms» europeos. Para empezar, ahí está Humberto de Saboya con curiosísimas teorías sobre las causas de la caída de la monarquía en Italia y con sus amores furtivos, según Vilallonga, con la «reina del fado», Amalia Rodrigues. Vilallonga consigue ofrecer la imagen insólita de un rey que aún no se ha enterado de por qué ha dejado de serlo.

Rainiero de Mónaco es la encarnación misma del príncipe de

La Generala, que de pronto consigue encontrar el sentido a su oficio cuando funda una familia y los hijos fuerzan a tomarse el trabajo en serio:

«—Tengo todo lo que un hombre puede desear en el mundo. Una mujer perfecta, hijos como siempre los había soñado, una buena salud... Para mí la felicidad consiste en hacer felices a las personas que viven a mi alrededor. También es saber que soy útil: a mi familia, a mi país, a mis amigos».

El luto le sienta bien a Electra, sentencia Vilallonga cuando escribe la semblanza de esa madre trágica que se llama Rose Kennedy. La ilustre reina madre



En ese Gotha internacional de personajes con éxito a cualquier nivel, cuyas presencias aportan valor añadido a una boda o a un guateque a bordo de un yate anclado en Portofino, se integran los figurones de la historia menor como los príncipes de Mónaco o los profesionales más «exitosos» del mundo del espectáculo o de los negocios. En las fotos, Brigitte Bardot con Alain Delon, los príncipes de Mónaco y la princesa actriz Ira de Fürstenberg.



del trono siempre vacante de los Estados Unidos comenta la muerte de su adorada hija Kathleen: «Si ella hubiera vivido lo habría tenido todo. La belleza, la espiritualidad, la inteligencia, el dinero y un título inglés...». Ira de Fürstenberg la sigue en la pasarela de Vilallonga. Asistimos al «strip-tease» espiritual de una princesa que se sitúa en función de su desenfadado entrevistador, sin que Vilallonga le agradezca esta entrega y la lapide finalmente. La pobre Ira de Fürstenberg, después de insinuar que su primer marido era un mezquino y que su segundo marido no estaba sexualmente a la altura de las circunstancias, clogia hasta el frenesí a su «partenaire» de por entonces:

«—Paolo, sabes, es el primer hombre de mi vida. Y el último. Porque no veo quién podría reemplazarlo jamás. Paolo no es un pisaverde, como Alfonso, ni una marioneta rellena de guita, como Baby Pignatari. Paolo es cultivado, inteligente, difícil».

Y rico, insinúa Vilallonga, porque advierte sobre las paredes del apartamento de la princesa nada menos que cuadros de Picasso, Arp, Dubuffet, Fonatana, Atlan, Matta, Lichtenstein. El salvaje de Vilallonga pregunta a la princesa:

«—¿Eres buena?»

«—Naturalmente que soy buena! ¡Soy bella, soy rica, soy amada! ¿Por qué no iba a ser buena?».

Y a continuación liquida la entrevista y al personaje con este parte de guerra: «Última hora: en medios generalmente bien infor-

mados se señala que Ira de Fürstenberg y Paolo Marinotti, hoy separados, disputan agriamente sobre ciertas alhajas que habían sellado su mutua pasión».

A Vilallonga no le molesta que los personajes se le disfracen. Lo que le molesta es que con su dinero, su sabiduría social, su cultura a veces, su poder siempre, se le disfracen mal. Tolerancia del disfraz británico y apacible del coronel Townsend o la sinceridad multimillonaria de Onassis, y en cuanto a Jacqueline, Vilallonga se limita a decir que su belleza es puramente fotogénica o a transcribir un comentario que sobre ella hiciera la difunta baronesa Van Zuylen:

«—Al lado de María (Callas), esta mujercita no existe».

Antenor Patiño, el cacique del estaño boliviano que ha armado revoluciones y contrarrevoluciones de acuerdo con las altas y bajas de sus valores bursátiles, vive en una casa de París por dentro y por fuera anclada en el siglo XVIII. Sobre una mesa del recibidor, Vilallonga ve una hermosa bandeja antigua finamente cincelada:

«Admiro en silencio. Patiño sonríe imperceptiblemente y se encoge de hombros».

«—Es linda, pero no vale nada. Es de estaño».

Maurice Carrere, director de Chez Maxim's, ofrece a Vilallonga la oportunidad de demostrar su gusto por el protocolo, la buena mesa y los chismes destructivos como termitas, como el que nos cuenta a cargo de la ambigua Greta Garbo. Una joven italiana le preguntó en cierta ocasión a «La Divina»: «¿Cuándo dejó usted Suecia, Miss G?». ...Y «La Divina», respondiendo con esa voz cavernosa que le sale directamente del vientre: «Dejó Suecia, querida señorita, cuando era todavía a very young man». Zino Davidoff, rey europeo de los habanos, le explica a Vilallonga una lección práctica de amor a un oficio y un negocio por encima de las ideologías: su padre había hecho puros para Lenin y él consiguió que Castro tuviera en cuenta que la veteranía era un grado técnico que poseían las viejas familias cultivadoras y manufactureras del tabaco cubano. Davidoff, además, resume su filosofía del puro con una elucubración que pertenece al capítulo de las agradables sabidurías menores y desarmadas. Alain Bernardin, rey del «strip-tease» se considera un escultor del desnudo, pero sus chicas tie-

## EL GOTHA DORADO

nen una visión más cínica del oficio.

«—Soy hija de obreros. Gano en un año lo que mi padre gana en diez. Entonces se callan la boca».

O bien.

«—¿Cuál es el hombre que quería casarse con una chica que durante años ha enseñado el culo a todo París?»

—Quizá lo haya.

—Quizá. Pero yo lo despreciaría demasiado si existiera».

Van der Kemp, conservador del Palacio de Versalles, ex legionario, ex señorito, «gourmet» del refinamiento visual, casado con una norteamericana que cuando recibió a De Gaulle en una visita oficial al Palacio le dijo: «Bien venido a nuestra casa». Anita Bachman, decoradora de gilipollez sublime, como sólo pueden serlo las más sublimes gilipollezes:

«—Adoro los viajes, el sentido del humor, el té, el champagne, los manzanos en flor (salvo en Japón), el barroco, el conejo a la mostaza, el negro, el blanco y el

marrón, las joyas dementes, Londres, Venecia, París, el nardo, la carne cruda, ser sorprendida por un imbécil y las mujeres desnudas de Labisse».

Von Karajan le hace números a la medida, dirige la entrevista como si fuera la «Quinta sinfonía» de Beethoven. La señora Jürgens le revela que uno de los motivos del éxito de su matrimonio es que ella no tiene hora fija para hacer el amor y que además ha sido criada para hacer la felicidad de un hombre. Dominique Sanda sorprende un tanto a Vilallonga:

«—¿Le gustan los chicos?»

—Estoy embarazada.

Y más adelante.

«—¿A quién ama usted, señorita Sanda?»

—A los hombres.

—¿Perdón...?»

—Me oye muy bien. A los hombres».

«Dejo a una mujer —escribe finalmente Vilallonga— que será sorprendente. Que ya lo es. Cosa rara a cualquier edad. ¡Pero a los veinte años!».

### TRIO DE ASES

Vilallonga deja para el final a Chaplin, la Bardot y Fellini. El viejo Charlot le dirá: «Adoro a los niños. ¡Me hubiera gustado tener otros, pero Oona se está poniendo un poco vieja para este tipo de trucos». Charlot vive entre las ruinas de su inteligencia y su sentimentalidad, pero conserva vivo el recuerdo de aquella mutación de la infancia, cuando su madre, «vedette» de «music-hall» enfermó y los hermanos Chaplin penetraron en el engranaje de la caridad pública:

«—Nunca olvidé las calles de los barrios de Londres. ¡Ni su mugre, ni su miseria, ni su horror! Vea usted, esa manera que tiene la gente rica de hacer que la pobreza sea seductora para los otros tiene para mí algo de profundamente chocante. Todavía no encontré un pobre que tenga nostalgia de la miseria».

Ante la Bardot, Vilallonga rinde sus armas. Está en presencia del Don Juan femenino, de la mujer que ha descubierto al hombre-

objeto y que le dirá impiedades como ésta: «La ternura es un concentrado de todos los hábitos, de todas las monotonías! El peor de los errores vitales... Por otra parte, no son los hombres los que una guarda por ternura. Son los perros».

En cambio, Fellini es la ternura misma dirigida hacia... si mismo o por extensión hacia el mundo infantil que le hizo tal como es. La entrevista aporta muchas claves sobre aquel monumento confesional que fue «Ocho y medio», tal vez menos claves que el libro de Camilla Cederna sobre la película, pero más hondas, muy bien hurgadas por Vilallonga, que habla poco, casi nada, que permite el río confesional de ese hombre incontenible que es Federico Fellini. La imaginación del gran director convierte su propia vida en una más de sus películas, la más larga sin duda y la única que quedará mal acabada. La entrevista tiene también la virtud de brindar un retrato crítico del fascismo muy intuitivo, muy poco científico, pero enormemente revelador:

«—La época del fascismo fue, sobre todo, la de la imbecilidad elevada al rango de pensamiento político. Imagina una época en que la ignorancia era de buena ley. Una época en que la cultura parecía sospechosa; la erudición, una debilidad de rata de sótano; la cortésia, la sensibilidad y el gusto, taras de pederasta...».

Al acabar la lectura del libro se comprueba que faltan temas y personajes que sí estaban en la versión francesa. Tal vez porque Vilallonga es el único «afrancesado» español que queda. Afrancesado de lengua y espíritu y afrancesado de vocación, que confiesa el deseo de ser enterrado en su patria de adopción. El libro rezuma esa malicia del «voyeur» cultural francés que aquí es la clave para un magnífico ejercicio de escritura situada entre el periodismo y la crónica social a lo Madame de Sévigné. Y también un enorme talento de barman internacional que mezcla memoria, desco, cultura, intuiciones, afinidades, sabidurías grandes y pequeñas a la hora de dar un retrato del Gold Gotha, retrato de cara y culo. No en balde Vilallonga interpretó el papel de aquel caballero español que en *Giulietta de los espíritus* convierte la explicación de cómo se hace una sangría en un tratado de alquimia sólo al alcance de los brujos. ■

M. V. M.

Von Karajan es otra de esas criaturas de revistas especializadas en vender tabletas de felicidad semanal, otro de esos personajes-ímagenes que se llevan como se llevan encima de los prejuicios, las creencias, las vísceras.

